



Reencuentro con Ricardo Garibay



Fotografías y documentos: Jesús Vicente García

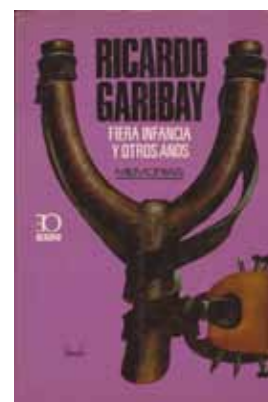
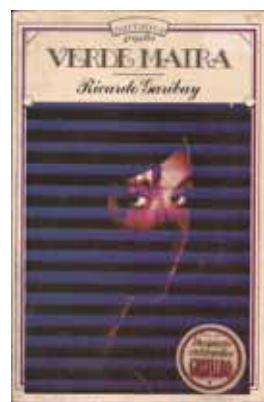
Jesús Vicente García

Para la maestra Lilia Márquez, in memoriam

I

¿Todavía hay quien escuche música en casete? Pensé que nadie. Pero en una librería de Donceles vi una grabadora con su cinta. Y ahora, gracias al destino, con esto de la talacha de fin de año que casi no hago, me reencuentro con mis cajas de casetes: Soda Stéreo, Led Zepellin, Silvio Rodríguez; mi colección del barroco, Vivaldi, Händel, Bach; en fin, música que escucho en la radio o en internet, y que bajo a mi USB, pero ver los casetes, darles vuelta con una pluma BIC (parece que las hicieron para eso), o esperar a que

avance, es otra cosa. Lo más sorprendente es encontrar otras dos cajitas llenas de conferencias y entrevistas a escritores que grabé en audio de 1994 a 1998. La mayoría fueron captadas en los auditorios de los veinte planteles del Colegio de Bachilleres (CB) o durante el trayecto del plantel a la casa del escritor o viceversa, o dentro de una de las unidades que la institución utilizaba para ello, mediante el “hada madrina de la literatura”, a decir de Guillermo Samperio al referirse a la maestra Lilia



Márquez Balderas († 2011),¹ que se dedicaba a llevar escritores a los planteles del cb.

Entonces veo un casete transparente, sin etiquetas, lo saco de su caja, *play*, y un gozo se adueña de mis oídos al escuchar la voz de Ricardo Garibay. Dentro de la caja viene la fecha: 11 de abril de 1995. Su voz es firme, con cierto tono elegante, de alguien que sabe lo que dice. Fue en su casa de Cuernavaca, día caluroso, cuando conocí al escritor. Semana Santa. Calle en espiral ascendente, sinuosa, empedrada. Privada de León Salinas. Bugambilias, árboles, casas. Naturaleza. Maestros y estudiantes del cb llegamos en un camión grande, gracias a las gestiones de Lilia Márquez. (Lo que giró alrededor de la visita a la casa de Garibay es digno de platicarse en extenso, mas sólo apuntaré que Lilia me dijo que el escritor no quiso ir a ningún plantel, porque cobraba, así que prefirió hacer suya la invitación a su casa en Cuernavaca.)

Mientras escucho su voz, recuerdo el ambiente que permeaba en la última mitad de los noventa. El EZLN y Marcos se levantaron en armas contra el gobierno priísta de Carlos Salinas de Gortari; asesinaron al candidato del PRI a la presidencia, Luis Donald Colosio, luego a Francisco Ruiz Massieu; Luis Miguel Moreno, secretario de Transporte del entonces Departamento del Distrito Federal, se suicidó, había desfalcado unos cuantos millones de nuevos pesos a Ruta 100; se cuestionaba a Ricardo Barco, quien era abogado del EZLN y

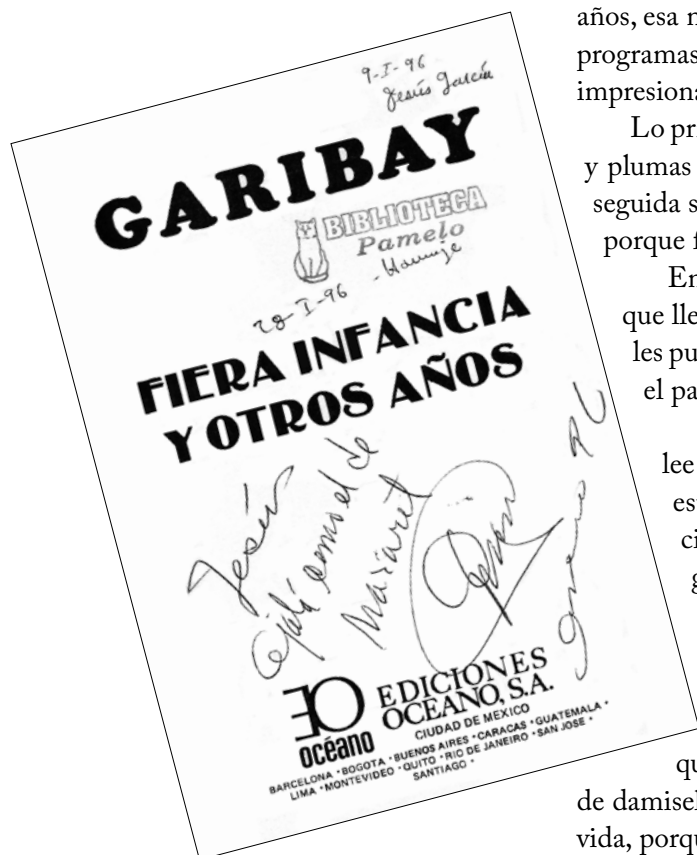
representante de Ruta 100, nadaba entre dos bandos; el hermano de Salinas cayó en la cárcel que su propio hermano había construido durante su administración; los comunicados de Marcos que publicaba *La Jornada* eran muy esperados por un núcleo de lectores que pensaba distinto a la derecha (no me perdía ninguno). Ya instalado en la presidencia, Ernesto Zedillo Ponce de León heredó las consecuencias de aquel error de diciembre. Yo leía *Proceso* y casi todos los periódicos; mi labor era monitorear noticias en una empresa privada, lo cual me obligaba a leer las columnas de los dieciséis principales diarios, escuchaba y veía noticias, y quería ser escritor, de manera que los temas políticos y literarios me encendían. Además, era reportero de la *Gaceta del cb*, lo que me permitió conocer a muchos escritores por las conferencias que organizaba Lilia, las famosas *Conversaciones con la inteligencia*.² Cada escritor era una sorpresa; leía al menos una obra de cada uno antes de ir a cubrir su charla con los alumnos. Pero el encuentro con Ricardo Garibay fue singular.

II

Se atora el casete. Le doy un golpe. Oprimo *play*. Ruta Villa Coapa-Cuernavaca. Directo. Camión con veinticinco personas. Casa grande, jardín amplio, alberca

¹“Guerrillera de los libros”, la llamó Rafael Ramírez Heredia, en el número 2474 de la revista *Siempre!* (16 de noviembre de 2000), año en que Hugo Rascón Banda, como presidente de la Sociedad General de Escritores de México (Sogem), le hizo un reconocimiento público y le entregó un diploma por su labor de difusión literaria. Juan Villeda Hidalgo, “Sobre la dedicatoria de un ‘Inventario’ a Lilia Márquez”, en *Proceso*, núm. 1788.

² Durante 24 años, Lilia organizó conferencias con unos 1,500 exponentes, entre poetas, dramaturgos, periodistas, narradores. En 1998, Hugo Gutiérrez Vega comentó que en todo el mundo no había un caso similar. Recordó que en la década de los cincuenta, Ernest Hemingway inició un ciclo de conferencias en barrios y locales sindicales de Estados Unidos que apenas sobrepasaron las 50. En otra ocasión, José Emilio Pacheco señaló que en la antigua URSS, Evtuchenko y otros poetas y escritores soviéticos iniciaron algo similar y tampoco superaron la anterior cifra, por lo que el trabajo de Lilia, al parecer, no ha sido repetido y menos superado.



idem, servidumbre uniformada. Se decía de Garibay que era enojón, gritón, regañón, que en su juventud fue de puños tomar. Iba un poco prejuiciado. Lo que era cierto es que mi curiosidad por conocerlo era muy grande. Leí su biografía y como cinco de sus libros. Entre los tiliches de dos pesos, en una banqueta de Jamaica, descubrí *La casa que arde de noche*. A mis veinte años, esa novela me dejó pasmado; había visto la película y varios de sus programas en la televisión. Sabía de su autoría de *El mil usos*. Su voz me impresionaba, debo confesarlo.

Lo primero que vi fue su estudio: dos escritorios, uno lleno de lápices y plumas de las más diversas formas, al centro una mesa de billar. En seguida su voz. “Este es mi lugar de trabajo”. Lo busqué con la mirada, porque fui de los últimos en entrar.

En el jardín, todo lo vi verde. Recordé la Ciudad Esmeralda a la que llegó Dorothy con sus compañeros, en *El Mago de Oz*, a quienes les pusieron lentes verdes. Con Garibay todo era esmeralda, el jardín, el pasto, la camisa del maestro, sus ojos, la primavera.

Se tocaron varios temas. La política, el EZLN, por qué no se lee en México, el artista visto por la sociedad, los intelectuales que estaban con el poder o que el poder ninguneaba desde la Revolución Mexicana, habló de su hija que estudió música y tocaba la guitarra muy bien, de la mala paga a los escritores y que deben de cobrar por su trabajo.

Ricardo Garibay fumaba un cigarro tras otro, Lucky Strike, en tanto decía que a sus 72 años ya había entregado a la editorial la novela número 42 y que estaba por terminar la 43, que además estaba escribiendo una galería de mujeres, estampas de damiselas que iba creando con base en su imaginación y en su propia vida, porque las mujeres son la razón de ser del mundo, a la mujer “hay que buscarla hacia arriba y no hacia abajo, cuánta razón tenía Ortega y Gasset”. Lo escucho, lo veo. Ese día estaba de buenas por el simple hecho de que fuimos puros lectores y no reporteros a granel, y le resultaba un placer tenernos en su casa. Estaba feliz porque a las seis y media de la mañana, después de tomar un café helado, hizo una serie de notas para crear a las mujeres 36 y 37 de su galería. Sonrió. Y yo reflexionaba acerca de esa extraña felicidad.

Garibay nos invitó romeritos, mole, papas con longaniza, ensalada, tortillas, salsa, refresco, cerveza. Muy generoso. Todo el tiempo sonriendo. Hablando con los jóvenes de bachilleres de dieciséis años (yo tenía casi veintiséis), con los maestros; a todos nos eclipsó su inteligencia. En el jardín, junto a la alberca, el sonido del viento lo registró bien mi grabadora, los comentarios chuscos de las mujeres a las que Garibay mimó a más no



poder y era evidente que disfrutaba de su compañía. Escuchemos: “Entro a una oficina. Hay que arreglar algo. Si voy a donde está una mujer, lo arreglo así (trueña los dedos); si voy a donde está un hombre, tropiezo, empiezan las dificultades”. Se ríe, casi llega a carcajada. Yo me dije: cuando sea grande quiero ser como él. Qué caminos habría que recorrer para tener esa perspicacia, carisma, seducción, don de la palabra para hablar así y soltar puras cosas interesantes; porque han de saber que no me perdí ni una palabra del maestro Garibay, algunas me siguen dando vueltas en la cabeza (como la cinta en que lo escucho), de otras no me acordaba y las comparto, pues así como él habló de sus gustos, habló de sus disgustos:

“Desde la Revolución hay un desdén del poder hacia los intelectuales. López Portillo, cuando llega a la presidencia (1976), dice que los intelectuales son unos ratones que le muerden los calcañales. Él, que era un profesor de la Facultad de Derecho, cuando llega al poder se expresa de esa manera tan profundamente despectiva [...].

“Salinas de Gortari sólo apoyó a un intelectual en su sexenio: Octavio Paz. Despreció a los demás. Paz aprovechó ese apoyo para lastimar a los demás y enconchase en su ostracismo y su discolería mísera, mujeril, pero en el mal sentido.

“Un hombre debe parecer hombre, y una mujer —alabado sea el Señor—, mujer, pero este hombre

parece mujer y actúa así, en un trufamiento, una viscosidad donde se le enredan por dentro el ser hombre y el ser mujer a la vez. Un hombre tan escasamente viril, tan díscolo, que ha hecho tanto daño. Salvo su obra que quedará ahí. Acaso estamos esperando a que muera ya el año que entra —a más tardar— para empezar a leerlo [...]. Es un ser sin fuerza, sin varonía, sin virilidad: esto han sido los intelectuales mexicanos. No hay respeto”.

Y casi le atina. Paz murió en abril de 1998; Garibay en mayo de 1999. Al escucharlo, casi lo tengo enfrente, en la biblioteca, que me sigue diciendo “escribe, aún eres muy joven, escribe, que no hay de otra”. Un año después lo vi en un homenaje que le hicieron en Bellas Artes y me firmó dos libros, primeras ediciones, que conservo con orgullo. Aquella ocasión fue Héctor Suárez a saludarlo, se levantó de entre el público, subió a abrazarlo como cualquier lector más. Vi la sencillez y respeto del actor ante el escritor, un encuentro inolvidable.

Sigo escuchando el casete con la voz de Garibay. Uno de los primeros escritores que sin saberlo me dio ánimo para dedicarme a esto, “simplemente, escribe”, como me han dicho otros maestros (Sogem, por ejemplo), y al paso de los años veo que tienen razón. Por tanto, hay que aprovechar los encuentros y reencuentros para reflexionar y reaprender, digo yo, mientras el casete gira y gira junto con los recuerdos que se hacen presentes. ▀